

## LA COLONIA TOLSTOYANA

Cada cual en Chile, desde hace treinta y cinco años, se ha creído facultado para echar su cuarto a espadas en achaques tolstoyanos y quien más quien menos, todos contaron a su modo y manera aquella odisea, con conocimiento de causa, los unos, por haber formado parte, y con invariable buena fe, aunque con mucha, o poca, o ninguna exactitud, según el prisma de su memoria; otros de oídas, desconociendo y desatendiendo, por ende, la verdad.

¿La verdad? Esta aventura ha pasado al dominio de la leyenda y el más ingrato papel sería retrotraer las cosas a su hora e intentar ponerlas en su punto, desencantándolas juntamente con desencantarnos. Felizmente los legendarios prestigios enhechizan a sus héroes mismos y, hoy por hoy, ni el propio Cristián Delande —que no sólo no ha dicho su última palabra

en este debate, sino hasta ahora ni siquiera ha dicho esta boca es mía a pesar de haber sido el promotor de todo—, podría, sabría o querría, desvirtuar nada de nada. ¿No fue en gran parte la nostalgia de su hogar, el recuerdo de su abuela, lo que hizo disolverse en agua de lluvia esa intentona de colonizar las márgenes del lago al pie del volcán Villarrica? Sea como quiera, no mucho después averiguaron los santiaguinos que los colonos se replegaban hacia el Norte y hasta creyeron volver a tenerles a mano antes de mucho, para bñefarlos. Sufrían por su derrota los simpatizantes; pero cuando supieron que acababan de acampar los derrotados en San Bernardo, y persistían en su ejemplarizador empeño, uno por uno o en romería de varios, cuantos soñadores cobijaba el cielo mapochino fueron trasladándose al vecinísimo pueblo, para dar fe. Nudistas y desensombreados como el Almirante Fernández Vial, vegetarianos y antivacunistas como Alfredo Helsby, el de las acuarelas porteñas, anarquistas como Alejandro Escobar y Carvallo, su compañera y compañía, o como un imberbe zapaterín francés que lo daba todo “pour la cause”, espiritistas como doña Maipina de la Barra, teósofos como don Tomás Ríos González, aún existente, artistas como Benito Rebolledo y Carlos Canut de Bon, llamaron a las puertas de la Colonia. Fue entonces cuando los otros tres pintores, Valdés, Backhaus y Burchard, fueron a engrosar sus filas y a cumplir sus requisitos: cada mañana arar la tierra; tomar té o mate; enseñar cada tarde en la escuelita; hablar de Loti; ver ponerse el sol cada anocheecer.

Habían desertado por inhóspita de la Tierra Prometida y Otorgada, y se acogían a la hospitalidad urbana del camarada Magallanes Moure, quien les brindó en San Bernardo techo, cediéndoles una casita en la Alameda Colón, que ellos bautizaron con el nombre argelino y equívoco de La Kashbah, y, para cultivo, les facilitó dos caballos, uno manso y otro chúcaro, y un predio en la calle San José, a orillas del canal del Molino.

Cuyo molino había de inspirar a Cristián, esa su “Lámpara en el Molino”; porque hasta sus viñedos y sus alamedas llegaban en sus correrías, viendo convertirse los Andes, con los crepúsculos, en canteras de piedras preciosas; viendo teñirse las hojas de las vides, con toda la gama aurífera, desde el oro-verdín, pasando por el gualda rutilante, hasta el oro a fuego. Todo ese paisaje quedó en las descripciones enteramente subjetivas de “La Lámpara”, acaso el más esotérico libro de nuestra literatura. En la cubierta de su primera edición aparecía la imagen de lo que fue ese molino, cuya desaparición inminente pesaba sobre él y sus moradores como una muerte próxima.

“Cuando el crepúsculo arroja un velo sobre nuestro corazón y sobre la nieve de las montañas; cuando apaga el cielo sus últimos arreboles en las charcas y los pájaros se acogen al follaje y el viento baja a arrullar la tierra donde reanudan las ranas su historia de la noche anterior y de todas las noches, entonces las primeras estrellas encienden su fuego y a la entrada del gran camino que no conduce a esa hora sino a la

vaguedad de su perspectiva, bajo los árboles que fingien darse las buenas noches, junto al agua que murmura a trechos y a trechos se ensimisma, aparente una luz en las ventanas del viejo molino”.

¡Ciento once palabras, con sólo cinco semipausas de puntuación! Este tono de adagio de sinfonía corresponde al ritmo y al diapason de la vida de esos jóvenes artistas, en el corazón de la tierra de su tierra. Pocas veces una intención más pura ha hallado una expresión más sabia. Cada uno venía a ser como una faceta de una misma gema: Rafael Valdés tenía ese encanto en tono menor de su pintura, y era a la vez simple y refinado, como envuelto en una radiante nebulosa. Julio Ortiz era rudo, sano, franco y leal. José Backhaus luchaba consigo mismo entre sus aspiraciones idealistas y sus ambiciones arribistas. Fernando Santiván ardía, y tan pronto se cristalizaba como amalgamaba escoria. Pablo Burchard tenía forma y fondo infantiles de edad y de raza. Cristián Delande era lo que era y es y que seguramente se trasunta y transparenta a través de estas páginas. Todos han descollado en la vida o han sabido morir.

Cristián cuidaba sus manos y, con mofa y escándalo, las enguantaba para conducir el arado. Algunos años más tarde halló en Panamá y los Estados Unidos que ciertos operarios, artesanos o campesinos o jornaleros, obligadamente debían proteger sus extremidades superiores, para conservarlas indemnes y sensibles, como se protege la vista o la respiración. Rafael era minucioso, parsimonioso y excesivamente pulcro. Julio

los consideraba a ambos con cierto menosprecio de hombre fuerte. Fernando, tan pronto era prolijo como acucioso y abarcador. José contemporizaba, bostezaba cuando se le contradecía y sonreía de dientes afuera. En cambio, Pablo francamente hacía trampa. La colonia iba quedándose sin vajilla y carecía de reservas para reponerla. Cierta cubo caído al pozo y repescado, permitió extraer del fondo plato tras plato... Cuando a Pablo Burchard le tocaba lavarlos, como semanero, prefería inmergirlos. Aún subleva la conciencia tolstoyana tamaña desidia y falta de conciencia en nuestro más gran pintor, y a él seguramente le sacará los colores a la cara esta acusación pública y calificada y sus descendientes han de ruborizarse hasta la séptima generación.

A ciertas horas de descanso, dedicadas a hacer tertulia entre ellos, todos se reunían en la Kashbah (cómo con poca propiedad de lenguaje y ninguna del edificio, llamaban a la casa, según apuntamos ya) y, según ya apuntamos, su programa monótono y que, sin embargo, no llegaba nunca a cansarles, era tomar té o mate y hablar de Loti.

Burchard se quedaba un tanto fuera de las charlas, sin la sutileza de Valdés, quien al verle rascarse la nariz le decía invariablemente: —Ya quieres hacernos creer que has comprendido.

...“Y Paderewsky sobre el atril”. Este verso de una poesía de Pezoa Véliz, lo empleaban los tolstoyanos para bajos menesteres. Su W. C. dejaba que desear como comodidad y recato, pues la parte superior

permitía ver la cabeza de su ocupante corporal y temporal. De ahí ese malhadado... "Y Paderewsky sobre el atril", indigno del ingenio y sobre todo de la circunspección de aquel grupo de trabajadores manual-intelectuales, tanto que estos detalles se consignan con resistencia y vergüenza, sacrificándose todo a la veracidad y la exactitud.

San Bernardo le sirvió de puente de plata a Cristián para desertar Santiago siempre ingrato y prepararse a emigrar del país durante larga ausencia. Parecía entonces un pueblo hermoso, nada más por su arbolado, hasta hacerle decir al joven que él no sería, tal vez, patriota de Chile, pero sí lo era de San Bernardo. Las viejas casas apenas se entreveían entre los follajes y las ramazones y, a lo largo de las aceras, al pie mismo de los árboles, corrían cristalinos y susurrantes regatos. A la plaza convergían las avenidas como para una kermesse y se esfumaba como incienso el fondo de cada calle en la telaraña azulada de la mañana. Detrás estaban los cerros y, más atrás, las cordilleras... Después talaron, y aparecieron vetustas y horribles fachadas. Y hoy ya no es nada esa población, nada sino un recuerdo de la primera juventud de un escritor.

Las piramidales araucarias a la entrada de la Estación, como torres chinescas con muchos pisos y de muchas campanillas, formaban un pórtico a la llegada de los viajeros. Luego el tren se vaciaba y, sin embargo, no se veía a nadie en las calles, por donde apenas si discurrían a saltitos los pájaros y, cautelosamen-

te, sus enemigos los gatos. Una alfombra de hojas caídas formaba un tapiz de Aladino, sordo a las pisadas. De noche se creía vivir fuera de mundo, bajo la bendición de la Cruz del Sur, y todo el pueblo era de uno, como para una pareja de enamorados.

¿Y qué podría cerrar mejor este nostálgico capítulo sobre la Colonia Tolstoyana, que el final de “La Lámpara en el Molino”? Parece escrito como en resumen:

“Sí, ¿qué sabían ellos? ¿Cuál ha sido su obra? El agua de la presa sigue cayendo tumultuosamente y nunca le ocurrirá preguntarse si su actividad es útil. El molino está allí y los que pasamos por frente de él trataremos inútilmente de definir lo que encierra, y unos dirán que la paz y otros que la tristeza.

“Pero mientras tanto allá arriba, su lámpara solitaria, perdida como una estrella, arde como una estrella, proyecta su luz hasta la entrada del gran camino y, sin quererlo ni saberlo, logra esclarecer un pequeño rincón de esta tierra envuelta en las sombras de la noche”...